

La pobreza como depredación humana condicionada y aprendida en sociedad

Criterios de sustentabilidad social

JORGE ROJAS HERNÁNDEZ*

Sistema cerrado de la pobreza

La pobreza que afecta a millones de chilenos — así como a la mayoría de los pueblos latinoamericanos — no es un problema de ahora, sino de larga duración y acumulación. La estratificación histórica de la sociedad chilena ha mostrado como realidad constante la existencia de un vasto segmento de población pobre, el que se ha reproducido históricamente dentro de límites impuestos por la demarcación cuasi estamental de las clases. Se nace, crece, envejece y muere en el estrato marcado por la pobreza. La pobreza constituye una especie de submundo — no necesariamente subcultura — que establece fuertes condicionamientos estructurales a las personas que por desgracia social les corresponde desenvolverse en dicho medio.

En este sentido, la pobreza es un mundo cerrado, un círculo autoreferido y autoalimentado por profundas falencias y precariedades económicas, nutritivas, emocionales, culturales, intelectuales, políticas, sociales, ambientales, temporales y espaciales.

“Lota siempre ha sido pobre y se acentúa ahora... La pobreza ha estado de años y nunca se han resuelto los problemas... Somos una ciudad de trasmano, de abandono, nadie nos considera... Toda la vida ha existido el engaño, por eso somos pobres... La mentira y el engaño permanente de los políticos es la

causa de nuestra pobreza... No se nos dan posibilidades, se nos niegan oportunidades... Es una crueldad lo que hacen con nosotros...” (Taller Lota, 2.9.1996).

“Las comunas de Arauco tienen riquezas, no son pobres... La pobreza empezó con la era del carbón. Los campesinos perdieron sus tierras y su cultura campesina, transformándose en mineros. A lo mineros no se les dio educación, se les mantuvo ahí no más, como mineros..., los empresarios construyeron rucas en vez de casas. Ahora nos cierran las minas y hay cultura consumista neoliberal...” (ex-minero de Curanilahue, Taller 14.9.96)

* Este artículo forma parte del proyecto de investigación Fondecyt n° 1950868, titulado “Impactos socioambientales de las transformaciones económicas en la región del Bío-Bío. Un estudio sobre la morfología social de la pobreza y las tensiones del desarrollo regional”.

** **Dr. Jorge Rojas Hernández:** Doctor en Sociología de la Universidad de Hannover, Alemania; Docente e Investigador de la Instituto de Sociología de la Universidad de Hannover, Alemania (1983-1993). Actualmente Profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de Concepción. Sub-Director de Formación e Investigación del Centro Universitario Internacional de Investigación y Formación en Ciencias Ambientales (Centro EULA), Universidad de Concepción. Correo electrónico: jrojas@udec.cl

La pobreza tiene una larga historia, en la que unos pobres van heredando los problemas y la pobreza de otros. Son el producto del "costo social" de las transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales que vive una sociedad en su trayecto histórico.

La falta de mecanismos efectivos de movilidad social y la concentración extrema del ingreso han consolidado este círculo vicioso de la pobreza. Los países desarrollados implementaron políticas de compensación social de carácter integral, plasmadas en los llamados "estados de bienestar social". Sus sistemas sociales eran abiertos, ofrecían a la mayoría de la población — independientemente de su pertenencia social — posibilidades de experimentar progresos, de subir en la escala social. Especialmente la educación fue el instrumento cultural que por excelencia contribuyó a desarrollar el potencial intelectual, técnico, profesional y ciudadano de las personas. Este no ha sido el caso de América Latina ni tampoco de Chile. Las clases altas se autoreproducen aumentando su participación en el ingreso nacional. Los sectores populares se mantienen dentro de los márgenes de la sobrevivencia y de la reproducción mínima como mano de obra barata.

Las capas y clases medias, carentes de fuerzas suficientes para negociar, luchan y se esfuerzan por permanecer en los límites de su frágil e inestable posición social. Esta inmovilidad social explica la existencia de violentos conflictos sociales y políticos en determinados pasajes de la historia, los que por lo general terminan en la derrota prolongada de los más débiles. Los grandes conflictos sociales se reprimen con la fuerza, se los relega muchas veces por décadas del escenario político contingente, pero no se los elimina socialmente. Por el contrario, su constreñimiento genera fuertes resentimientos y frustraciones sociales en los afectados, los que también se acumulan históricamente, transmitiéndose de generación en generación.

Una profesora rural, unidocente de la localidad de Colico Norte, Curanilahue, contaba de manera simple y en cierta forma dramática la forma como se produce y reproduce la pobreza en el sector rural. Cuenta que ella atiende a seis clases, a las que imparte clases simultáneamente en una misma sala. La unidocente ordena a los diferentes cursos por hileras, en la unisala, la que cuenta con tres pizarrones, en los que escribe las materias paralelamente para todas las clases... Además ella es al mismo tiempo directora, enfermera, cocinera y la auxiliar de la escuela. El 6° año básico es terminal para los niños, los que prácticamente no continúan en la enseñanza media. De 64 familias que viven en la localidad, 51 son forestal, los padres de familia, en su mayoría, viven en campamentos forestales, alejados de Colico y sólo regresan dos veces al mes a casa. Una vez que los niños terminan el 6° básico se van a también a trabajar a las empresas forestales, como trabajadores no calificados, como hacheros empleados por contratistas. Estos niños no se van a la ciudad, son pobres, pobres de extrema pobreza (Taller, 14.9.96).

Resulta muy difícil definir o describir con precisión lo que significa la pobreza para los afectados. Los relatos, como el anterior, hablan de una manera más directa y testimonial sobre la forma como la pobreza se articula y se adueña de la vida y configura el futuro de las nuevas generaciones. Entre los sectores sociales más duramente afectados por la pobreza se encuentran sin duda las mujeres. Con razón en la literatura sobre estudios de la mujer se emplea el término "feminización de la pobreza" (Valdés, 1988; Hola, 1988). La mujer no sólo está más cerca que el hombre de la pobreza, a ella además le corresponde enfrentar diariamente las situaciones de pobreza que vive la familia o ella y sus hijos cuando se trata de mujeres jefas de hogar (cerca de un 25 % de los hogares pobres).

He aquí un testimonio de una mujer jefa de hogar de la comuna de Coronel:

"... cuando tú tocas el fondo de la

pobreza, tú sientes la sensación de estar al fondo de un hoyo, es como si yo me estuviera ahogándome y es como si necesitara que alguien me ayude a salir de esto” (Taller-seminario Mujeres jefas de hogar comuna de Coronel, 1996).

“... yo pienso que aquí cada uno tiene su opinión de qué es la extrema pobreza, en mi opinión, a mi sistema, extrema pobreza, no cierto, es vivir, en un no alcance dentro de los problemas económicos y sociales, punto uno, el no alcance de tener un trabajo estable, punto dos y tercero, no tener, cierto, los medios dentro de su hogar, ya sea alcantarillado, agua potable, las necesidades económicas propias de la persona...”

“...hay gente por ejemplo, artesanal, que viven solamente del mar, y de repente por la edad llega un momento en que ya no los reciben. Hay una empresa..., una planta pesquera que decidió que después de 35 años de edad no se puede ser tripulante. ¿Que va a ser de esta gente que ha vivido toda su vida del mar y no sabe hacer nada más...?. Y ahí la persona tiene que entrar a trabajar particular por unas cantidades de dinero, que.. por ejemplo una persona le dice, mira necesito que me vayas a hacer un trabajo a la casa, y la persona va y le dice, mira, cuanto me cobras, te voy a cobrar \$30.000, no estás loco, te voy a pagar \$15.000 si quieres no más, y la necesidad del hombre puede más, le hace el trabajo por los \$15.000, sin tener por ejemplo subsidio de seguro, nada, entonces ese hombre lo que está haciendo, es matándose, lo que pasa es que la extrema pobreza está matando a las personas.

“Gente por ejemplo, que tenemos aquí, que trabaja en la Luga, en este momento tenemos un 35% de la gente de la población que está trabajando

en la Luga, en el Pelillo, en las algas marinas. La van a buscar, para entregarla y con eso sobreviven. La sacan con la mano..., se va caminando uno por allá, por tierra y la trae al hombro, en sacos, de allá de la playa las traen a las casas, las secan y después la van a entregar...” (dirigente Junta de Vecinos cerro San Francisco, Talcahuano)

Fin del desarrollo y del progreso...

En el pasado los pobres pusieron sus esperanzas de progreso en el cambio social, el que a su vez dependía de los programas reformistas de los partidos políticos y de las llamadas correlaciones de fuerza políticas existentes en el país. Es decir, sus esperanzas estuvieron puestas siempre en el futuro, en un futuro incierto, no determinado por ellos. Sus esperanzas formaban parte de la utopía que algún día llegaría. Estas expectativas hicieron llevaderas su existencia, aceptando en el fondo su condición de pobre, adaptándose a las condiciones existentes y aceptando con “fe” y cierto grado de resignación los discursos políticos prometedores. Los avances logrados en materia social, en el período de auge del “Estado de bienestar social”, contribuyó de manera importante a mantener viva la esperanza de cambio positivo en sus precarias condiciones de vida.

En la actualidad la política se ha **desutopizado**. La acción política se ha subordinado totalmente a los mandatos de la economía, asumiendo sus orientaciones, directrices y mensajes. La política ya no se plantea la necesidad de transformar la realidad, sino más bien asegurar y legitimar institucionalmente el funcionamiento de la economía. El nuevo papel de la política consiste en velar porque en la sociedad exista comprensión y aceptación al reinado de las leyes económicas. Esta nueva realidad ha sido aceptada por los partidos políticos, asumido como nuevo paradigma: el de la modernidad atrasada o postmodernidad.

Sobre este nuevo “paradigma” los partidos, en su mayoría, tienen una visión muy sesgada y limitada, apartándose de las concepciones europeas más amplias y profundas. La mayoría de los científicos sociales latinoamericanos han aceptado estos nuevos parámetros, resignándose a analizar la política desde su subyugación a la economía. Esta nueva realidad ha estrechado los espacios y márgenes de acción del quehacer político, reduciéndose a una mera función de reparación y consolidación del orden existente. De manera que es poco lo que los pobres pueden esperar de los partidos políticos. Esta **ausencia social** de los partidos se observa también en la relación con otros segmentos sociales, tales como jóvenes, mujeres, ancianos, trabajadores, minorías étnicas.

En el pasado los pobres aspiraban a mejorar su situación vía implementación de proyectos de desarrollo, fueran éstos de índole capitalista o socialista. En cambio hoy en día prácticamente ya no se habla de desarrollo. Mejor dicho el concepto de desarrollo en boga es equivalente al de crecimiento económico. He aquí el nuevo paradigma: si crece la economía, sostienen con cierta ingenuidad los economistas conservadores, entonces todos creceremos, incluidos los más pobres... Pero la dura realidad de más de dos décadas de experiencia mercantil nos indica lo contrario.

Sobre economización narcisista de la vida social

Si en el pasado reciente la política sobreideologizó la vida social, en cambio a partir de la década de los ochenta vivimos un proceso de **sobreeconomización**. Las relaciones sociales fueron invadidas por la economía. El cálculo traspasó las fronteras de la empresa, entrando en la familia e impregnando las relaciones personales. Ello se expresa en la terrible añoranza de la “comunidad” existente en parte importante de la sociedad chilena. En verdad, no existe más “comunidad”: las nuevas formas de

relaciones económicas cuestionan también de manera importante la existencia de la nación chilena misma.

El dominio de la economía, el dominio de las llamadas leyes del mercado, si se impone extensivamente, sin límite alguno, puede sin duda alguna, poner en cuestión las bases históricas de una nación o país. El liberalismo economicista impone en las relaciones humanas valores individualistas, consumistas, devastadores y egoístas, negando la solidaridad, el respeto al otro y la comunidad. La sobreeconomización de la vida social instala en la conciencia del individuo una especie de “narcisismo económico”: todo gira en torno al provecho personal, la ganancia, el interés y la utilidad individual determina el accionar humano, lo que sin duda torna a los individuos cada vez más agresivos y autoreferidos. Los individuos ponen precio a sus relaciones y se autocomercializan, estableciendo relaciones cada vez más alienadas, agresivas, estresantes, superficiales, funcionales y desconfiadas.

De esta manera puede afirmarse que la hegemonía descontrolada y desequilibrada del mercado, si bien en el corto plazo puede dar muestras de estabilidad, en el largo plazo genera condiciones de desgobierno e inestabilidad, al multiplicar las desconfianzas, rivalidades, enemistadas, odiosidades, envidias, resentimientos y hostilidades, focos permanentes de conflictos de intereses entre privados absolutistas. Este fenómeno no es puramente chileno, también se observan procesos similares en otras sociedades, pero en Chile la sobreeconomización fue impuesta con medidas de fuerza, en medio de un escenario bélico, donde la estrategia militar se combinó con la económica. La “guerra” de la economía aún mantiene cercada e indefensa a la sociedad civil.

Economía y progreso — conforme a una concepción moderna progresista — no pueden funcionar sin redistribución del ingreso nacional, lo que sólo se puede hacer realidad mediante la intervención del

Estado y la existencia de fuertes actores sociales regulados en su accionar particular, equilibrando la satisfacción de los intereses privados con la preeminencia del público en diversas materias sociales. En este sentido, se puede sostener que estamos en presencia de un liberalismo absolutamente economicista, que no desarrolla la dimensión política, democrática ni social. El factor libertad política y la democracia, así como la dimensión social, otorgan a la economía una función social que contradice y supera el neoliberalismo.

Cooptación ciudadana

La racionalidad instrumental, de que nos hablaba Weber, ha seguido avanzando, inspirando e impregnado los llamados procesos de modernización. En todo caso se trata de una racionalidad capitalista privatizadora, donde lo que cuenta es la cuantificación y la acumulación de riquezas. En este sentido puede decirse que el desencanto de la modernidad sigue su curso..., con el rigor endurecido del atraso y la pobreza.

¿De qué racionalidad estamos hablando ahora? La mayoría de las naciones latinoamericanas fueron obra principal del Estado, el que organizó e impregnó su existencia al interior de sus fronteras. Por cierto, fue obra de la hegemonía de grupos sociales dominantes, provenientes de diferentes actividades económicas. Los individuos de bajos estratos sociales o el pueblo — como se les denomina — no jugaron un papel destacado en la configuración de la nación. El Estado, desde la jerarquía y con la fuerza del autoritarismo — a menudo expresado en violencia — no dejó mucho espacio ni libertad para el influjo y desarrollo de las personas individuales. Los encomendadores coloniales fueron reemplazados por encomendadores criollos. El proceso de creación de nación no fue acompañado de revoluciones liberales, religiosas ni industriales, como ocurrió en Europa. Ello influyó decididamente en la forma como los diferentes

países se organizaron social, política y culturalmente.

El papel dirigente del Estado — a través de los partidos políticos o del dictador — cooptó en los hechos la voluntad de los individuos y del pueblo. En este sentido puede sostenerse que en muchos países latinoamericanos no hubo ciudadanía o que en algunos — entre ellos Chile — su existencia fue débil y limitada. Esta realidad es válida todavía a fines del siglo XX, aún cuando, prácticamente todas las dirigencias políticas y gobiernos latinoamericanos han hecho suya la consigna — un tanto indeterminada y ambigua — de someter a sus países a procesos de modernización y generación de ciudadanía. El hecho mismo de que se hable desde la década de los ochenta en América Latina de la necesidad de “crear ciudadanía”, implica reconocer la carencia de ciudadanía en el pasado cercano. En efecto, el Estado al cooptar políticamente, se relacionaba con colectivos, en términos populistas o semiparlamentarios. Las personas no se dirigían individualmente al Estado, sino a través de sus representaciones colectivas: el gremio, el sindicato, la población, el partido, el dirigente, el caudillo, etc. Y el Estado respondía a dichos colectivos, legitimándose de esta manera.

Al desmontarse el Estado semi-“fordista”, a partir de la década de los setenta, para crear ciudadanía mediante el mercado, en el fondo se está dejando a los individuos anteriormente cooptados, abandonados a “su suerte”, sin protección, sin mediaciones ni representaciones, lo que dificulta aún más su proceso de emancipación o de reconversión desde una conciencia y comportamiento más colectivo a una conciencia con responsabilidad individual y social.

Este proceso de reconversión es sumamente complejo como lo atestigüa particularmente el caso de los pobres en las zonas mineras en crisis, donde además de faltar nuevas fuentes de trabajo, los factores culturales también influyen en la

incorporación a nuevos tipos de empleos con perfiles y exigencias diferentes. La lógica del curso económico, la recomposición histórica de la clase capitalista, impone aún un sistema político y una democracia restringida, que impide el surgimiento y desarrollo de una ciudadanía plena. Los enclaves autoritarios: senadores designados, vitalicio, la composición del consejo de seguridad, el sistema electoral antidemocrático, la inamovilidad de los jefes castrenses, etc., garantizan y consolidan el dominio de la derecha económica en el país.

Los pobres son los que tienen menos posibilidades de transformarse en ciudadanos. Para ser ciudadanos es imprescindible que existan condiciones económicas, sociales, políticas y culturales que permitan a las personas cultivarse y crecer en forma independiente y soberana. La precariedad en que viven miles de chilenos significa condicionamientos de la voluntad y conciencia de los mismos. Así por ejemplo la inestabilidad y precariedad laboral, el sistema generalizado de deudas, los bajos niveles escolares, la no calificación profesional, etc., frenan y limitan considerablemente el desarrollo de la conciencia ciudadana. Impiden, en el fondo, el ejercicio libre de los derechos democráticos.

Estigmatización de la pobreza

Ser pobre significa algo más que una mera condición social. Pobres no sólo son aquellos que carecen de los medios necesarios para subsistir, sino que además constituyen una especie de "mal social", una "enfermedad" que corroe las bases de la sociedad "sana". Los pobres son apuntados con el dedo, como seres de otro mundo, carentes de las cualidades y virtudes que se supone al ciudadano integrado.

"La pobreza se confunde con suciedad, con basuras, con flojera, con desánimo, falta de interés..." (Taller Curanilahue, 14.9.96), sostienen los pobladores cuando son entrevistados con el

propósito de determinar si reúnen las condiciones para ser beneficiarios de ayuda social. Pobre es alguien que además de vivir con carencias, no está en condiciones de valerse por sí mismo. En otros casos la estigmatización está relacionada con la conducta "conflictiva" de determinados sectores de pobres. Ello se observa en el caso de los mineros de Lota:

"Desde fuera — Santiago y Concepción — nos ven muy mal... como 'bichos raros', nos consideran un 'desastre'..., luchadores..., como gente 'conflictiva'... La televisión nacional muestra una imagen negativa de nosotros... No somos una ciudad rentable... Existe una imagen preconcebida, mala, de Lota" (Taller Lota, 2.9.1996).

El estigma opera como un mecanismo de discriminación social. Así por ejemplo los lotinos relatan en el mencionado taller que para conseguir trabajo fuera de Lota deben "cambiarse el curriculum", poniendo una dirección de algún familiar o amigo que viva en otra ciudad, de lo contrario no los aceptan. De la misma manera se expresan los participantes del Taller de Curanilahue (14.9.96) al sostener que se dice que la "gente de Curanilahue es conflictiva, chora...", por lo que deben mentir para buscar trabajo, negando provenir de Curanilahue. El estigma reproduce pobreza en la conciencia del que ya es pobre, al depositar culpabilidad sobre la condición de pobre sobre el mismo afectado.

Ser pobre en una sociedad que crece económicamente y cuya máxima aspiración es, precisamente, el éxito económico y llegar a ser rico, es lo peor que le puede suceder a una persona. En el pasado, antes de la aparición triunfal del mercado, ser pobre significaba vivir en apuros, con carencias, pero con cierta "dignidad", con "decencia". Significaba, por lo tanto, en alguna medida formar parte de la sociedad. La estigmatización no era tan extrema como bajo el imperio incontrarrestable del

mercado, donde el prestigio social se mide por lo que se tiene, por la cantidad de bienes y dinero que se posee, por la cantidad de tarjetas de créditos que se portan en las billeteras, en definitiva, por lo que se puede comprar y pagar. En el pasado, la solidaridad y la decencia eran valores que otorgaban prestigio social. Quien era solidario se ganaba el respeto y la confianza de sus pares, de sus vecinos, de sus amigos, de los dirigentes políticos. El sello de la solidaridad abría puertas en el Estado, en los municipios y en los partidos políticos, lo que daba reconocimiento a sus portadores. Un pobre solidario, capaz de compartir sus escasos bienes con sus semejantes, era digno de la admiración y ejemplo para construir barrio, sociedad, nación y cultura; era ejemplo para la revolución y para la iglesia, especialmente para la teología de la liberación.

En cambio, con el advenimiento del mercado los pobres perdieron todo valor porque no son susceptibles de ningún tipo de intercambio. Al ser solidarios se les podía intercambiar políticamente, eran útiles para producir pactos sociales, para movilizarlos en contra del “enemigo”, para presionar, para avanzar en la conquista del poder. En cambio, ahora como son demasiado “baratos”, como no se pueden capitalizar, como no tienen precio, no son intercambiables, sino más bien “desechables” o “inviabiles”, como se acostumbra a decir, carecen de un valor en sí que los haga interesantes y atractivos para invertir en ellos. Ser pobre en una sociedad de mercado es una condición vergonzante, desprestigiada socialmente. Es una condición que deviene de por sí estigma, difícil de sobrellevar y de superar.

Pobreza aprendida

Se aprende a ser pobre. El pobre, en una sociedad sin movilidad ni equidad social, es socializado para que se acostumbre a vivir en su estado de pobreza. Ello ocurre sobre todo cuando la pobreza es una condición social que prácticamente

se hereda de generación en generación: los pobres son por lo general hijos de pobres los que a su vez, probablemente producirán otros pobres y otros pobres... Sus poblaciones constituyen verdaderos límites o fronteras, donde incluso en algunos casos ni siquiera se atreve a entrar la policía. Es muy difícil traspasar estas fronteras. Los condicionamientos sociales, económicos y culturales del medio son tan fuertes y marcantes que dejan pocas posibilidades al individuo para escapar a sus redes. Solo la educación puede contribuir parcial y ocasionalmente como mecanismo de superación de la pobreza. Ocasionalmente, debido al hecho de que por lo general los pobres no tienen acceso completo a la educación y, aun cuando legalmente sea un derecho establecido, las condiciones económicas obligan a muchos niños a desertar tempranamente del sistema educacional. Trabajo y salarios justos constituyen — en toda sociedad — un decisivo factor de superación de la pobreza. Actualmente el trabajo mal remunerado y precario, constituye el factor más importante causante de pobreza, la que incluso afecta a importantes segmentos de las llamadas clases medias.

Se aprende a ser pobre, como una condición cuasi natural. Quien vive largamente en un sistema termina por habituarse a él. El sistema lo habitúa, lo obliga a aceptar las reglas del juego, sus normas, sus pautas conductuales y valóricas, sus formas de ser, de relacionarse, su lenguaje y formas de entendimiento, su violencia y sus conflictos. Estas relaciones están fundadas en la precariedad del suelo y del techo compartido, en la estrechez habitacional, en la falta de recursos y dinero, en el terrible y limitado “aquí” del vivir cotidiano, en la imposibilidad de romper este círculo vicioso del ser pobre.

En el taller que organizamos en Curanilahue (14.9.96), los pobladores hablaban de la “irresponsabilidad aprendida”, en el sentido de que los padres no inculcarían a sus hijos a ser responsables.

Pero ¿cómo se puede ser responsable? ¿de qué se puede sentir responsable un pobre?, ¿qué clase de responsabilidad se puede inculcar cuando se niegan las posibilidades de realización? No obstante ello, segmentos del pobres suelen tener un gran sentido de responsabilidad social, la que incluso muchas veces explica las causas de su propia pobreza.

El conformismo, es la forma como se institucionaliza esta forma aprendida de socialización de la pobreza: “... *que sacó con luchar si voy a llegar ahí mismo...*” (poblador del Taller Curanilahue). La sensación de permanecer en el mismo punto, de no avanzar socialmente, contribuye a fomentar la actitud de conformidad, la que a menudo se consolida con un componente fatalista semi religioso: es la “suerte o el destino” de los pobres... En el taller se argumentaba: “... *la gente se conforma con poco, porque la equidad está muy lejos de los pobres...*” El conformismo termina por identificar al pobre con su condición social, reproduciendo los elementos socializadores. La pobreza limita las expectativas de la gente. Se aprende a vivir con poco, a multiplicar los escasos recursos, a vivir en una especie de estado de necesidades insatisfechas autocontroladas o “auto-reguladas”, como podría indicar un analista funcionalista. La pobreza engendra también un profundo sentimiento de frustración e impotencia, de no poder resolver los problemas ni tener la suficiente fuerza para enfrentarlos:

“Nosotros andábamos buscando unos papeles que necesitábamos para recibir una pensión, que un caballero nos dijo que sería de cerca de \$20.000, él nos dijo que más o menos en agosto sería y ya en septiembre nos llegó una carta era una pensión de gracia, algo así, vale le dije yo, la recibí, después me llegó otro papel, pero me dijo falta un documento, reuní los documentos y los entregué a la Municipalidad, más o menos en agosto por ahí, y hasta

la fecha no ha llegado nada, nada, pero me dijeron que volviera nuevamente a la Municipalidad. No es pensión (lo que está tramitando), la de mi marido no, es una pensión de gracia. Es que mi marido no puede lograr la suya. Le mandaban a decir que no, que no tenía el monto, que no tenía los años, al final no salía nada, a veces no teníamos para pagar la luz y el agua. Ahora vino mi hijo y me dijo mamita qué vamos a hacer, los dos sin trabajo, no tenemos para pagar la luz y el agua y a veces nos falta para comer, ¿qué vamos a hacer para comer digo yo? Pero gracias a Dios mi chiquillo es joven, tiene 22 años, el otro tiene 25, sacó la matrícula para trabajar y ahora el menos se está moviendo para irse embarcado..” (pobladora del cerro San Francisco, comuna de Talcahuano, Taller, 4 de enero de 1997)

Ahora bien, los pobres o marginados, históricamente han dirigido sus peticiones hacia los gobiernos e instituciones estatales y hacia los partidos políticos. Su situación de “abandono” los ha conducido a buscar apoyo en estas instituciones y, en la iglesia o confesiones, como última depositaria de sus esperanzas.

Los incipientes estados sociales, surgidos en algunos países latinoamericanos y, en particular en Chile, a comienzos de la década de los treinta, ayudaron en parte a alimentar en los sectores más desposeídos de la sociedad la esperanza de poder participar del progreso. Pero este Estado social fue más bien concebido para los sectores sociales más integrados al sistema capitalista, surgidos de la implementación del modelo sustitutivo de importaciones; fue especialmente pensado y organizado para satisfacer las inquietudes de las capas medias empleadas y los asalariados calificados de la industria. Un sector importante de la población quedó marginada de este

proceso de industrialización, transformándose en pobres; en muchos casos se trataba de campesinos allegados a las ciudades con la esperanza de mejorar sus condiciones de vida. La industrialización — frustrada, en palabras de Aníbal Pinto — no da a vasto, no es capaz de absorber la creciente demanda por trabajo, dejando a masas excluidas de la protección social. Para los excluidos el Estado introdujo las llamadas políticas sociales, formas paternalistas de extensión de beneficios sociales mínimos. En algunas sociedades se le denomina asistencialismo, beneficencia, solidaridad, subsidio, etc. En el Chile neoliberal se le denomina “proyecto social” o “subsidio”. Para salir de la pobreza es necesario concursar los recursos... Tradicionalmente el asistencialismo ha generado una forma de dependencia psicológica en los necesitados, transformándose en un mecanismo funcional al conformismo y autoaprendizaje del ser pobre.

Existen además formas sublimadas de autoaprendizaje de la pobreza, cuando se establecen términos y cánones como la “dignidad” de los pobres. En Chile, en el pasado reciente — y aún en la actualidad — se cultivó la concepción de la dignidad del pobre, es decir, se podía, se puede, ser pobre y al mismo tiempo vivir dignamente. La dignidad constituye una especie de identidad positiva del desposeído con su situación en la sociedad. Ello se expresa paradigmáticamente en la aspiración social a ser considerado como un pobre “decente”. La decencia, considerada como la voluntad de sujeción a un estricto código moral — compuesto por la honra, honradez, temperancia e ideario — constituye un mecanismo sociopsicológico de integración de segmentos de pobres a la sociedad, sobreponiéndose a las consecuencias degradantes de la pobreza (Martínez y Palacios, 1996: 21-22). No obstante ello, no desaparece la condición de pobre.

El hecho social de ser pobre, el hecho de estar socialmente “construido” como pobre, representa en sí un proceso

negativo de aprendizaje. La condición misma de pobre enseña culturalmente a ser pobre, a aceptar en forma casi natural el mundo pobre, aunque sea con dolor, angustia y resignación personal.

Baja autoestima

La baja autoestima observable y visible en importantes sectores de población pobre se explica como una consecuencia directa del marco socio-económico y cultural en el que están obligados a desenvolverse. El desarrollo de la conciencia individual ha sido bloqueada históricamente por la falta de oportunidades y los límites impuestos por el submundo de la marginalidad. Los pobres han vivido de esperanzas, de promesas no cumplidas. En los talleres realizados este tema sale reiteradamente, sobre todo cuando se refieren a la actitud de los políticos. “*es doloroso recordar: siempre nos prometen, una y otra vez, vienen y prometen y prometen, luego se van y se olvidan de nosotros...*” o “*toda la vida ha existido el engaño, por eso somos pobres*” (poblador de la comuna de Lota). Les prometen los candidatos, los políticos, los gobiernos, las iglesias, los dirigentes comunales, los dirigentes vecinales, las ONG... Y de las promesas son muy pocas las que se cumplen. Las promesas no cumplidas se transforman en frustraciones aprendidas. Aprenden a saber que nunca serán considerados seriamente, que nunca serán respetados, que siempre serán engañados. Este sentimiento profundo de no ser reconocido como ser humano, como ciudadano, como nacional, influye negativamente en su autoestima. Se vive con una muy baja autoestima. Creen saber que en realidad no cuentan para nada, que no valen nada. Eso es ser pobre. La baja autoestima parece ser consustancial a la condición de ser pobre. Su existencia realimenta y refuerza permanentemente la condición social del pobre.

La distancia abismante surgida en los últimos años entre los ricos y los pobres,

aumenta en estos últimos el sentimiento de no representar ni ser nadie. Ello es aún más dramático en una sociedad regida por el éxito económico y la posesión ilimitada de bienes materiales. Por una parte, el mercado genera expectativas, por otra parte cierra o limita fuertemente el acceso a los productos, generando frustraciones en los consumidores más pobres. El sentimiento de no progresar, de no acceder suficientemente al consumo, se vuelve contra el ciudadano pobre, responsabilizándolo personalmente de su fracaso, lo que a su vez engendra sentimientos de autoculpa, impotencia e incapacidad. Quien no logra consumir — en un esquema individualista — fracasa personalmente. Y los fracasos permanentes degradan profundamente al afectado, resquebrajándole su autoestima.

Segunda modernización y privatización de la pobreza

La modernización de la sociedad moderna, entendida neoliberalmente, coloca al mercado en el centro de las decisiones económicas, sociales, culturales y políticas. En el pasado la pobreza era la consecuencia de la dualidad campo-ciudad, urbanismo-ruralidad, industria-producción artesanal, progreso-retraso, etc. La marginalidad era el producto del proceso de modernización capitalista industrialista y urbanista que dejaba al margen de dicho proceso a sectores importantes de campesinos y pobres atraídos por las ruidosas campanas del progreso.

La estrategia neoliberal impulsa una nueva fase de modernización, pretendiendo superar la crisis experimentada por la primera, provocada sobre todo por la presión creciente de los sectores populares por entrar al progreso, aspirando a ejercer — con razón y justicia — los mismos derechos de los ya integrados y beneficiados por el avance social. En el pasado, el Estado, la acción de los partidos populares y los movimientos sociales trataron de superar los problemas de marginalidad y desigualdad social

redistribuyendo, fortaleciendo el ámbito de lo público (educación, salud, infraestructura, equipamiento social, etc.), impulsando reformas agrarias, alfabetizando, ampliando y extendiendo el sistema educacional, profundizando la democracia. La primera modernización industrialista se tradujo en un desarrollo del mercado interno, una mayor distribución del progreso y una ampliación significativa de los derechos de las personas.

La segunda modernización — la que actualmente vivimos —, en cambio, le dio vuelta la espalda a la gente y al progreso. Por el contrario, ahora se trata de frenar el progreso, apostando sólo a la ganancia, a los individuos privados capaces de producir bienes y disfrutar de ellos, sin imponerles condiciones, impuestos ni responsabilidades sociales. Tanto la propiedad privada como la ganancia son socialmente ilimitadas. La acumulación de capital no tiene límites naturales, ambientales, legales ni sociales. Desregulación es la palabra mágica. Desregulación es sinónimo de libertad absoluta, fin de toda intromisión estatal para producir, acumular, ganar, perder, consumir y destruir. La desregulación se hermana y equivale al absolutismo de lo privado.

En esta segunda modernización, la pobreza es un producto directo de la modernización misma. Esto es, los pobres son modernos, pertenecen a la modernidad, aunque lo sean mínimamente. Los pobres, en esta fase, no pueden aspirar a otra condición, a una mayor integración, como en el pasado lo esperaban de la reforma o revolución. Es posible, sólo progresar mínimamente, por ejemplo pasar de una condición de extrema pobreza a la de simple pobre o de la pobreza a una condición menos pobre, entrando en algún circuito milagroso del crédito o de la virtualidad engañosa.

La modernización privatizadora privatiza también a los pobres. El pobre debe asumir su pobreza como un asunto particular. El estado sólo subsidia a los

pobres mediante las políticas sociales, apoyando vía proyectos específicos de combate a la pobreza su integración a la sociedad del mercado. Obteniendo lo mínimo, el pobre debería estar en condiciones de navegar con fuerzas propias por las corrientes inciertas del mercado criollo. El subsidio puede consistir en ayudarlo a levantar unos pocos metros cuadrados de material ligero, un curso de capacitación, un programa de pavimentación compartida, algunas obras de urbanización mínimas, un policlínico, la extensión del recorrido de buses, la conexión a la red de alcantarillado o de la luz eléctrica, la colocación transitoria en algún puesto de trabajo; en fin, cualquiera medida mínima que elimine algunos centímetros de pobreza e indignidad.

Todo el mundo critica o duda sobre la eficacia de las políticas sociales, incluido el propio gobierno. La derecha política ha incluso llegado a proponer, por intermedio del Instituto Libertad y Desarrollo, que se privatice la gestión de los recursos estatales destinados a los proyectos sociales. Sostienen que de esta manera, en manos de privados (de empresas, se entiende) podrían aumentar su eficacia en la superación de la pobreza. Los pobres, de aplicarse una tal absurda política, podrían llegar a ser entregados a propuestas públicas, licitados como la construcción de una calle cualquiera...

Proyectando la modalidad de funcionamiento del mercado criollo, las empresas adjudicadas de proyectos subcontratarían sus trabajos, subcontratando a otros pobres para paliar los problemas de los pobres, con lo que se haría aún más precaria la situación de los aparentemente favorecidos con los proyectos sociales. Privatizar la ayuda social privatizaría aún más la situación depredada de los pobres.

Una segunda modernización, de corte neoliberal, empobrece más a los socialmente débiles, debido a que les retira los apoyos, protecciones y derechos adquiridos y vigentes en la primera modernización.

Pobres sin Estado

El nuevo papel del Estado es clave para explicar los nuevos problemas de pobreza que se han producido en la sociedad chilena. En la mayoría de las expresiones de las personas afectadas por problemas de pobreza, el Estado aparece como el gran ausente. No obstante que los gobiernos democráticos de Patricio Aylwin y el actual, de Eduardo Frei, han dado prioridad a la tarea de combatir y superar la pobreza — lo que se ha reflejado en un aumento sustancial del gasto social global —, la función del Estado en materia social se mantiene aún dentro de los marcos de las definiciones de inspiración neoliberal, esto es, sin responsabilidad social integral.

Pocos son hoy en día los que defienden un papel más activo del Estado en materias sociales. La centralidad casi absoluta ganada por lo privado ha despojado de toda centralidad a lo público, otrora, en décadas anteriores, constituía la justificación misma del Estado, de los gobiernos y de los partidos políticos. El Estado no era el instrumento ciego de una "clase", sino el aparato que ordenaba y cohesionaba a la nación y a la sociedad, impulsando formas sociales y políticas de entendimiento y concertación.

El Estado realiza un importante gasto social, pero no se trata de un Estado social, sino de un Estado que no distribuye el ingreso, aunque compensatoriamente implemente políticas focalizadas de combate a la pobreza, en especial a la extrema. En el Estado de "bienestar social" éste asumía importantes funciones sociales en el ámbito de la educación, la salud y la seguridad social, garantizando a la mayoría de la población condiciones públicas mínimas de vida. En cambio, el Estado neoliberal apostó a lo privado y se desprendió de sus funciones sociales. De allí que los pobres no cuentan con un Estado que los "proteja" y los ayude con decisión a salir de su condición socialmente desmedrada.

El Estado, en la segunda modernización, desiste del compromiso social y de

la tarea de introducir mayor equidad, justicia y democracia social. El Estado vela por los equilibrios económicos, pero no sociales. Socialmente actúa para paliar focalizadamente las desproporcionalidades engendradas por el mercado. Los pobres y en general la sociedad civil ya no pueden contar más con el Estado, aunque crecientemente se exige un Estado regulador.

Nuevos oficios desregulados de los pobres

Los pobres no quieren ser arrojados a la marginalidad total y luchan por mantenerse activos y sobrevivir de cualquier forma. La cultura de la “dignidad” imperante en el pasado — en alguna medida aún viva — obliga a muchos de ellos a luchar para no caer en la descomposición ni frustración social total. En la sociedad del mercado se pueden perder todos los ‘privilegios’, se puede llegar a ser pobre rápidamente, incluso se puede bajar más en la escala de pobreza en que se vive: de ser pobre, se puede caer en la extrema pobreza y de ésta en la llamada dura y así sucesivamente... El mercado no garantiza a nadie posiciones sociales seguras, menos a los pobres, dado que son los que siempre reciben los efectos de los coletazos de las crisis y ajustes económicos.

Los grandes ajustes estructurales producen cadenas de ajustes y desajustes en la población, dado que se trata de ajustes que repercuten directamente en los ingresos y condiciones de vida. Por lo general, los ajustes se traducen — se han traducido en toda América Latina — en pérdida de empleos y en reducción de las remuneraciones. En la década de los ochenta y de los noventa, los ajustes y procesos de transformación económica se han expresado además en América Latina en una precarización del empleo. Miles de “buenos” empleos”, empleos estables, seguros y mejor remunerado han sido reemplazados por “malos” empleos, inestables, temporales o estacionarios, so-

cial y legalmente desprotegidos y mal remunerados. De esta manera se han visto proliferar en Chile y en la región que investigamos, la del Bío-Bío, una importante cantidad de ‘oficios’ de pobres, algunos de antigua data, otros más recientes, surgidos en medio de la crisis y de los innumerables ajustes de política económica (OIT, 1997).

-“Hay drogadicción harta... Hay un 30% de clandestinaje, por qué motivos la venta de alcohol, porque la venta de alcohol es la única que circula la plata, es una buena entrada para la gente que no trabaja, como que no tiene una entrada económica, y le funciona bien y lamentablemente tiene que entrar al clandestinaje para subsistir su casa, y ese es uno de los graves problemas que nosotros no podemos solucionar, lo que más se encuentra por aquí es gente alcohólica...”

-¿Y esa gente es de la misma población o de fuera? (pregunta)

-“De acá. Por ejemplo, si yo no tengo... yo me pongo en el caso de ellos, si yo no tengo ningún peso para subsistir y dejo de darles de comer a mis cabros, si yo veo que una garrafa de vino me cuesta \$1.200, yo la compro, y se que la voy a vender por caña me va a dar el doble por lo menos, y así voy a solucionar el problema económico que tienen mis cabros, y eso pasa porque la gente no tiene realmente la concepción de un trabajo, que le aporte una entrada económica, y eso es grave, y eso mismo está agravando el sistema, se está agravando y se está llevando a qué, a la drogadicción y al trago a las personas dentro de la pobreza. Es por eso que la Junta Vecinal, yo como dirigente de la Junta de Vecinos, estoy luchando para que se eduque la gente, se le explique el sistema y los saque de este problema, eso es lo queremos... Aquí la drogadicción que

más existe es el alcoholismo, la más grave, y el cigarro es lo más. La pasta, no es tanto. La marihuana se consume harto, porque es más barata..." (Presidente de la Junta de Vecinos del cerro San Francisco, Talcahuano, 4 de enero de 1997).

La informalidad es el mundo laboral privilegiado de los pobres. El país tenía una baja tasa de desocupación, según cifras oficiales cerca de un 6 por ciento a comienzos de 1997. El problema es que muchos de los empleos son precarios, de escaso valor y calidad, no calificados, estacionarios y desprotegidos.

"Hay puros trabajos que son temporeros, le hacen un contrato por dos meses y lo cortan, en diez días más lo andan buscando, y lo vuelven a recibir y así lo llevan para no pagarle ningún beneficio, para que no tengan ni unas vacaciones, y aparte de eso uno trabaja muchísimas veces en lo que sea, porque hay veces que uno tiene que hacer dos trabajos, sale de una pega a hacer otra para poder mantener la familia. "Sí, mi marido trabaja en una pesquera, pero no nos dan nada, sí es verdad el hace dos trabajos desde hace dos años, porque pidió que lo contrataran para hacer dos trabajos... Claro, y lo que gana él por el otro trabajo es una caja de pescadas... Le pagan una caja de pescadas por cargar los barcos del puerto (de San Vicente)..." (pobladora del cerro San Francisco, Talcahuano).

La pobreza de las décadas de los ochenta y noventa en Chile y en la Región del Bío-Bío está directamente vinculada a la calidad del empleo. Es decir, los pobres no sólo son los excluidos del progreso o del mundo laboral, como ocurría en el pasado, sino que son también muchos ciudadanos que se ocupan en un empleo precario, que se desempeñan en innumerables ocupaciones

ocasionales, de corta duración y bajo condiciones impuestas arbitrariamente por el empleador. El trabajo precario es fundamentalmente de carácter informal, carente de ley, sin ley ni norma que no sea la voluntad del que emplea esporádicamente. Se trata de un mundo laboral completamente desregulado, aunque gran parte de él aparece registrado y convalidado legalmente en las cifras oficiales de ocupación.

En las últimas dos décadas han surgido una serie de 'oficios' ejercidos por los pobres, que no están registrados en el CIUO-88 de la Organización Internacional del Trabajo. La categoría vendedores ambulantes se ha ampliado y multiplicado en cada esquina importante de las grandes y medianas ciudades del país. Aquí se encuentran por ejemplo aquellos que aprovechan la congestión vehicular para vender toda clase de productos en los lugares de largas esperas y atochamientos, el que controla el parquímetro, acompañado por el que cuida el automóvil, por otro que arrienda el cartón protector del sol y por el que se ofrece para lavarlo. Existe también el oficio de los que controlan, con cronómetros y complejas señales de dedos en movimiento, la frecuencia con que circulan los buses a la caza de pasajeros. Se trata de un 'oficio' surgido al calor del funcionamiento del mercado de pasajeros...

El modelo económico ha logrado establecer, de manera casi imperceptible, una profunda diferenciación social de los sectores laborales, introduciendo perversidad en el llamado mercado laboral. En efecto, existe un pequeño pero importante segmento de trabajadores calificados que se mueven en un marco más regulado de las relaciones laborales, con mejores derechos y remuneraciones; un amplio sector de muy baja regulación y protección, con remuneraciones bajas y, un enorme segmento de trabajadores pobres, sin ninguna regulación, sin ningún derecho ni protección social ni legal alguna. En esta última categoría se encuentran los nuevos 'oficios', surgidos en

las crisis y ajustes y, mantenidos como un factor clave de la estabilidad del crecimiento económico, de la acumulación y del incremento considerable experimentado por las tasas de ganancia del capital. La profunda desregulación laboral existente en Chile es una causa fundamental de la amplitud de la pobreza. La depredación del trabajo ha generado nuevos pobres, los que a su vez no logran salir de esta condición debido al bajo precio del trabajo.

Depredación natural, social y ambiental

El modelo económico funciona en un contexto de desregulación social y desprotección ambiental, que afecta especialmente a los sectores más pobres de la población. La superexplotación desregulada de los recursos naturales impacta negativamente a los ecosistemas, provocando pérdida de biodiversidad, agotamiento y extinción de especies, contaminación del suelo, aire y agua, todo lo que repercute negativamente en las condiciones y calidad de vida. La pérdida de biodiversidad se traduce en pérdida de posibilidades de sobrevivencia, se manifiesta en pobreza de la naturaleza, la que a su vez genera nuevos pobres, al destruir fuentes de trabajo, de alimentación y paisaje natural.

De la política económica se desprende una distribución desigual de la riqueza y de la calidad ambiental. A los pobres se les reservan los lugares más depredados y contaminados. Poblaciones de pobres se instalan — muchas veces espontáneamente — en las cercanías de industrias que contaminan o que trabajan con materiales peligrosos o tóxicos, en los alrededores de depósitos de desechos domiciliarios. Campesinos, indígenas y pequeños propietarios ven reducidas sus tierras al ser incluidas en megaproyectos, en programas de expansión forestal, en obras de infraestructura, etc., como ocurre con la etnia Pehuenche en el Alto del Bío-Bío. Comunas pobres son utilizadas para construir depósitos de residuos tóxicos,

como es el caso de Coronel. La depredación de la naturaleza se corresponde con una concepción o lógica capitalista que considera al recurso humano — al igual que el natural — como un simple factor de intercambio. Existe, por lo tanto, una correspondencia entre la forma como se organiza la sociedad — desde la economía y la política — y la forma como se concibe y explotan los sistemas naturales.

En muchos casos los pobres están “obligados” a mantener una conducta depredadora, como estrategia de sobrevivencia. Así por ejemplo ocurre con las migraciones forzadas a la periferia urbana o semiurbana, provocadas por la pérdida de tierras o fuente de trabajo o perspectivas de vida. Las migraciones producen nuevas presiones sobre los recursos naturales, sobre la infraestructura, el transporte congestionador y contaminador, presiona los servicios y hace aumentar los desechos y con ello, los vertederos clandestinos. La extrema necesidad humana en que viven miles de pobres, los lleva a echar mano de la naturaleza, sin mayor conciencia ni responsabilidad ecológica ni ambiental.

Los pobres son a menudo víctimas principales de la contaminación y deterioro ambiental, debido precisamente a su vulnerabilidad e incapacidad de defensa y de protección frente a los impactos negativos de las transformaciones antrópicas. No poseen la información ni los medios técnicos ni económicos para enfrentar problemas de contaminación ni riesgos provenientes de la naturaleza. El estudio realizado constató que en los sectores urbanos o periferias de las grandes ciudades, muchos pobres construyen sus precarias viviendas en quebradas o laderas de cerros con pendientes superiores a las que permiten un manejo adecuado del suelo, lugares sumamente riesgosos en caso de catástrofes naturales como temporales, donde las violentas aguas arrastran corrientes torrenciosas, desperdicios y todo tipo de elementos, provocando despren-

dimientos de tierras y, en muchos casos, destrucción de viviendas y vidas humanas. Ello pudo comprobarse durante los fuertes temporales que azotaron al país y a la región del Bío-Bío en el invierno de 1997. Y volverá a ocurrir en los próximos inviernos, sobre todo porque el país y las autoridades de gobierno — nacional y regional — carecen de la conciencia previsoras; y los pobres — los mismos u otros — se reinstalan en los mismos lugares peligrosos para clamar por ayuda, la que no llega o si llega es tardía o insuficiente para paliar el mal natural y social. Los desastres naturales (sequías, el fenómeno del niño, terremotos, inundaciones, etc.) afectan, principalmente a los segmentos más pobres de la población. Estos desastres tornan visibles la relación causa-efecto existente entre ambiente deteriorado y vida social precaria.

La escasez que afecta la existencia de los pobres degrada el ambiente al condensar el "consumo" de la naturaleza. Se genera una especie de combinación perversa entre la depredación de la riqueza y la polución de la miseria. La precarización urbana obliga a los pobres a utilizar combustibles naturales de bajo rendimiento, como la madera por ejemplo, que contamina la atmósfera, el agua y el suelo.

Las precarias condiciones ambientales producen también enfermedades, las que afectan de manera preferente a las familias pobres, a los trabajadores, niños y ancianos. Estas enfermedades se reproducen en forma permanente, en las diferentes estaciones del año: al cambiar las condiciones climáticas se alteran las condiciones de vida, sorprendiendo por lo general a los más frágiles y desamparados en malas condiciones de protección inmunológica y ambiental.

El deterioro del medio ambiente, la superexplotación de los recursos naturales y la expansión de la pobreza, se expresa también en la pérdida progresiva de recursos económicos y destrucción de formas tradicionales de producción, tales como la

pesca artesanal, la producción agrícola pequeña y la comunitaria indígena; todo lo que a su vez se traduce en pérdida irreversible de identidad cultural, local y regional. Esta pérdida, en definitiva, significa una pérdida para el conjunto de la sociedad.

Arraigo e identidad

A pesar de las adversas condiciones de vida relatadas anteriormente, con frecuencia los sectores pobres expresan un fuerte sentido de pertenencia y de arraigo por el lugar en que viven, por la población, por su paisaje, más allá de los problemas que presenta y de las difíciles condiciones de vida y, en cierto modo de convivencia vecindaria.

"Es lindo, además... Sí, porque yo cuando voy donde mi hija veo la naturaleza, el agua, los árboles, todo eso a una le da una satisfacción... y yo me encuentro feliz, pues. Además tengo los recuerdos de mi esposo cuando se vino a vivir acá al cerro, entonces son recuerdos que para una son importantes, son recursos... Yo creo que todos, todos estamos felices aquí... (pobladora de la población cerro San Francisco, Talcahuano)

- ¿O sea usted ya echó sus raíces aquí? (pregunta)

- "Claro..."

- *Claro (varios pobladores a la vez)*

"En las buenas y en las malas hemos estado aquí y hemos luchado con el sistema de la pobreza y si hay alguna cosa hemos peleado, hay que pelear no más... el ánimo aquí siempre es bueno, nos pueden aporrear, pero siempre andamos con buen ánimo, contra viento y marea... (dirigente de la población San Francisco, Talcahuano)

- ¿Qué le gusta del barrio?

"Bueno, el aire puro... Claro, porque usted va abajo y hay mal olor y todo eso" (pobladora del cerro San Francisco, Talcahuano).

A pesar y, más allá de la pobreza, los pobres se esfuerzan por echar raíces en cualquier rincón y desde allí enfrentar con algo de arraigo e identidad las adversidades que les depara el sistema económico y social imperante.

¿Se puede romper el círculo de hierro de la pobreza?

La razón que explica el fracaso de las políticas sociales se encuentra en el hecho de que éstas por lo general se mueven en el marco estructurante de la pobreza, sin trascenderla. Se trata de medidas mitigadoras de los sufrimientos o carencias extremas. Sin duda también importante, pero como el propio gobierno lo reconoce, no suficientes para abandonar definitivamente la condición de pobre. Las políticas sociales ayudan a sobrellevar las difíciles condiciones de vida, ayudan a disminuir las angustias diarias de los beneficiados, ayudan, paradójicamente, a “estabilizar” la condición de necesitado en un estadio levemente mejor, pero no esencial ni cualitativamente diferente. En otras palabras, las medidas sociales tienen un efecto reparador de la condición misma de pobre, pero no sirven como palanca para salir definitivamente de la condición.

El círculo de la pobreza se puede romper sólo si se aplica una racionalidad que trascienda la lógica del sistema neoliberal que focaliza la pobreza, tratándola como una enfermedad del mercado. Para romper el círculo de hierro de la pobreza es indispensable que las políticas sociales se orienten a crear condiciones integrales de superación de la misma. No basta con ayudar a los pobres, con convertirlos en micro-empresarios o en trabajadores temporales o semicalificados. Los pobres requieren de una gran oportunidad, una posibilidad histórica que les signifique un aumento simultáneo de sus bienes materiales y culturales, para de esta manera convertirse en ciudadanos con plenos derechos. La política social debe estar fundada en verdaderos criterios de sustentabilidad social.

Criterios de sustentabilidad social

El ser humano necesita de determinadas condiciones para reproducirse en forma normal. Dichas condiciones ya deben existir en el momento de la concepción, luego al nacer, crecer, pasando de la niñez a la adolescencia, juventud, adulto y vejez. El ciclo de la vida exige de condiciones especiales, diferenciadas conforme se evoluciona biológica, humana y espiritualmente. El ser humano es un ser completo y complejo. De manera que no se le puede tratar reducidamente, como un mero factor económico, un ente biológico o puramente individual. Por lo general los sistemas sociales no consideran las diferentes dimensiones de la vida humana, acentuando un aspecto parcial de su condición. Cuando estas condiciones faltan, el ser humano no puede desarrollar todas sus potencialidades, se queda a medio camino, incompleto individual y socialmente. Los pobres son seres humanos frustrados en sus posibilidades de desarrollo integral.

Los factores de sustentabilidad social son de carácter cuantitativos y cualitativos. Abarcan los aspectos físicos, biológicos, habitacionales, recreativos, culturales, económicos, sociales, políticos espirituales y afectivos que configuran la vida social. Todos los factores son susceptibles de medición de alguna manera, sea en forma cuantitativa o cualitativa. Más aún, en el caso del estándar o calidad de vida, los parámetros cuantitativos suponen una valoración cualitativa y, a su vez, lo cualitativo se manifiesta también en cantidad.

Así por ejemplo en países europeos desarrollados la habitación no sólo está estipulada como una necesidad elemental, sino que además existe una cuantificación cualitativa de lo que cada persona necesita como mínimo; ello se expresa en espacio construido, en cantidad de metros cuadrados por persona o niño. Al fijarse metros cuadrados habitables por personas, en el fondo se parte de una condición habitacional

requerida por una persona para desenvolverse físicamente. Es decir, la cantidad de metros cuadrados de habitación corresponde a una concepción de calidad habitacional.

Las soluciones habitacionales mínimas que se conceden a los pobres, reducidas a viviendas de 30 o 35 metros cuadrados, de poca consistencia y baja calidad en sus materiales, implica aplicar un estándar esencialmente diferente al anterior. Aquí se piensa estrictamente en lo mínimo, en el espacio físico mínimo, en la vivienda mínima, para un individuo considerado también mínimamente. Los escándalos descubiertos en centenares de viviendas mínimas nuevas, construidas para familias pobres, las que sometidas a las rigurosas pruebas de los temporales de año 1997, demostraron la precariedad de sus estructuras al anegarse y destruirse parte de sus murallas y techos. Las viviendas provisorias — de escasos 18 metros cuadrados — son aún más mínimas y atentan contra todas norma de dignidad habitacional. Además, esta provisoriedad suele alargarse por muchos años.

Las concepciones implícitas en las reglamentaciones que regulan el tipo de construcciones y viviendas para los más necesitados, revelan su no sustentabilidad. Ello se manifiesta en su pequeñez física, en la uniformidad y la mala calidad de los materiales y de la construcción misma. Se parte del supuesto de que los pobres no necesitan de mucho espacio físico para vivir. La reducción del espacio habitacional a un mínimo, reduce también a un mínimo las posibilidades de movimiento y de vida al interior de la vivienda, limita gravemente las posibilidades de convivencia familiar; impide el crecimiento individual de cada miembro de la familia, dado que la individualidad subjetiva requiere de un espacio propio para cultivarse y crecer y, de esta manera poder relacionarse adecuadamente con el resto. En el fondo, la reducción del espacio habitacional impide que se desarrolle el conjunto de la comunidad familiar. Más aún, el hacina-

miento facilita la promiscuidad y la violencia intrafamiliar.

Por otra parte, la uniformidad de la construcción, el estilo repetitivo, gris y feo, tiende a igualar a los pobres y a empobrecerlos estéticamente, al encerrarlos en pequeñas "jaulas" de material, muchas veces construidas con materiales que contienen sustancias tóxicas, como es el caso del asbesto. La vivienda constituye un factor esencial en el momento de marcar el límite de la pobreza. La carencia de vivienda otorga al afectado el denigrante sello de "allegado", por lo general asociado a otras carencias — trabajo, educación, alimentación, ingresos estables — patentiza de manera dramática una condición de absoluta vulnerabilidad individual y social. La carencia habitacional, la condición social de "sin casa", implica el total desarraigo territorial, significa la falta de un lugar físico y geográfico donde instalarse humanamente, para construir identidad personal y ser reconocido por la comunidad como un sujeto concreto, existente y provisto de una dirección territorial y vecinal. La carencia habitacional atenta contra el desarrollo de la subjetividad y de la ciudadanía.

La falta de acceso a la educación y cultura constituye otro factor que bloquea el desarrollo del potencial humano y ciudadano moderno que toda persona representa de por sí. El iluminismo puso el saber y la ciencia en el centro de la nueva racionalidad de la modernidad. El saber se convirtió en un instrumento decisivo, clave para incursionar en el mundo moderno, para participar del anunciado y deseado progreso, para transformarse en su propio "señor". En la época moderna la educación y la cultura proporcionan al individuo herramientas fundamentales para la autoemancipación y el desarrollo de la individualidad. No sólo el acceso a los medios de producción transforma en "señor", también la cultura — sobre todo cuando no se posee bienes de capital — contribuye al ascenso social.

No sólo la economía es un factor

de poder, también el dominio de conocimientos, la acumulación de información y saber. Y quien no posee medios de producción ni bienes culturales es víctima de una doble marginación social. Los sectores medios en las sociedades modernas logran, precisamente, movilidad social, gracias al control profesional de medios informativos y conocimientos. El poder actual de la tecnocracia, de la burocracia y de los profesionales atestiguan esta afirmación, poder que se extiende a diferentes esferas de la vida económica, social, política y cultural.

Pobres sin conocimiento, sin información, carecen de la sustentación cultural necesaria para sobrevivir en un mundo cada vez más complejo y difícil de descifrar, comprender e interpretar. La educación y la cultura de calidad pueden ayudar a los pobres a enfrentar por sí solos los difíciles — muchas veces insuperables — problemas que sufren día a día. Adecuados niveles de educación constituyen un indicador esencial de la sustentabilidad social de la población pobre. No se trata por cierto de aumentar la escolaridad cuantitativamente, sino de ofrecer una educación de calidad, capaz de proporcionar competencias profesionales, culturales y sociales que hagan de los pobres personas cultas, provistas de igualdad cultural, indispensable para la acción e interacción social en grupos y en sociedad.

La afectividad es otro factor significativo en la construcción de la relación humana, en el habla, en el coloquio, en la consideración y respeto mutuo. La carencia de afectividad, de amor, disminuye la autoestima y destruye la identidad individual. El desarrollo de la afectividad requiere de la existencia de condiciones de convivencia humana, propicias para el surgimiento del equilibrio y la armonía. La afectividad se cultiva desde la infancia y constituye para la vida cotidiana una energía indispensable para el desarrollo y la felicidad humana. Los pobres tienen la misma capacidad afectiva que otros sectores

sociales. Sin embargo, la dureza de las condiciones de vida, el hacinamiento, la falta de privacidad, la carencia de espacio, los golpes, la desinformación, la represión, tabúes e inseguridades a que se encuentran permanentemente sometidos, dificultan enormemente el ejercicio libre y pleno de la afectividad.

La sustentabilidad social es una realidad compleja que abarca importantes y vitales aspectos del desarrollo de la vida humana. El ser humano no es capaz de autosustentarse, sólo lo puede hacer socialmente, en la vida solidaria e interrelacionada, en redes de comunicaciones y complementaciones interindividuales y sociales, respaldadas equitativamente por las mediaciones institucionales, en especial por un Estado activo y redistribuidor del conjunto de los beneficios sociales. Trabajo estable, salud, participación en las decisiones y vida en un ambiente libre de contaminación constituyen también, factores fundamentales de la sustentabilidad social.

Bibliografía

- CONSEJO NACIONAL PARA LA SUPERACIÓN DE LA POBREZA. Informe agosto 1996. Tomo I. Editorial Despertar. Santiago, agosto 1996.
- CHATÁN, Jacobo. «Crecimiento económico, equidad y pobreza en Chile: una visión diferente». Revista *SOCIEDAD HOY* N° 1, pp. 95-114, Concepción, diciembre 1997.
- LEWIS, Oscar. «La cultura de la pobreza». En: Bassols, Mario y otros (editores). *Antología de sociología urbana*. pp. 240-251. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1988.
- MARTÍNEZ, Javier P.; PALACIOS, Margarita. *Informe sobre la decencia*. Colección estudios urbanos. Ediciones SUR. Santiago, 1996.
- PINTO, Aníbal. *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. Editorial Universitaria, Santiago, 1973. o PROPOSICIONES N° 27. «Chile: Modernizaciones y pobrezas». Ediciones SUR. Santiago, octubre 1996.

ROJAS, Jorge. «Sociedad dualizada. Éxito económico, pobreza, malestar, violencia y movilizaciones sociales». Revista *SOCIEDAD HOY*, pp.63-92, Concepción, diciembre 1997.

----- «Informes Proyecto de Investigación» Fondecyt N° 1950868. «Informes de las Comunas: Lota, Coronel, Curanilahue, Arauco, Santa Bárbara, Tirúa, Naci-

miento, Los Álamos, Lebu, Talcahuano. Informes de talleres realizados en comunas en el marco del proyecto». Universidad de Concepción, marzo de 1997.

OFICINA INTERNACIONAL DEL TRABAJO, OIT. *Chile. Crecimiento, empleo y el desafío de la justicia social*. Edición OIT. Santiago, 1998.



Resumen

El presente trabajo analiza las características asumidas por la pobreza como consecuencia de las transformaciones experimentadas por la sociedad chilena en el contexto de la modernización. Se analiza el impacto social de las privatizaciones, del achicamiento del Estado y de los cambios culturales. En este marco se investiga el fenómeno de la reproducción histórica de la pobreza, la desintegración, el desarraigo y la baja autoestima como factores que dificultan el desarrollo sostenido y digno de los segmentos más pobres de la sociedad. El texto reflexiona también sobre la relación entre pobreza y medio ambiente, indicando criterios de sustentabilidad social. ◆